

PROTASSOFF.—Aguarda, vieja mía; también cuando yo sea general...

ANTONIA.— ¡Tú! tu morirás en medio de inundaciones. Has envenenado la casa con tu química y tu *fusinica*...

PROTASSOFF.— No, vieja; se dice física... Y haz el favor de dejarme en paz...

ANTONIA.— Ahí está Jegor...

PROTASSOFF.— Que pase...

ANTONIA.— ¡Pablo, reprende a ese borracho y áfale su conducta! Ayer tarde ha maltratado bárbaramente a su mujer...

PROTASSOFF.— Bueno... ya lo haré... (*Por la escalera baja lentamente Isabel, que se acerca al balcón, abriendo muy despacio*).

ANTONIA.— Debes decirle que se entienda conmigo.

PROTASSOFF.— ¡Sí! ¡sí!... le atemorizaré... No tengas cuidado, vieja; ahora vete...

ANTONIA.— Sé severo. Tú hablas con todos como si tuviesen tu educación.

PROTASSOFF.— ¡Basta! ¡Te comprendo! ¡Está en casa Elena!

ANTONIA.— No. Ha ido después de comer a casa de Vaghin; luego nadie la ha visto... ¡Bah! Descuidas demasiado a tu mujer...

PROTASSOFF.— No digas tonterías, viejecilla; si no, perderemos las amistades...

ISABEL.— Antonia... ¡no molestes a Pablo!...

PROTASSOFF.— ¡Tú aquí? ¡Cómo es eso?

ISABEL.— Por nada...

ANTONIA.— Isabellita, ya es hora de que tomes la leche...

ISABEL.— Lo sé...

ANTONIA.— En cuanto a Elena, permíteme que te lo diga: yo, en su lugar, habría buscado ya a alguien con quien divertirme, porque es evidente que te ocupas muy poco de ella... Cuando se ha deshojado la rosa, sólo quedan las espinas... No tenéis hijos... ¡Qué otras alegrías le restan a una mujer! Así, pues, ella...

PROTASSOFF.— ¡Basta! ¡Me fastidias... vete! ¡Qué pesadez!

ANTONIA.— Vamos, vamos; no te enfades. Te recomiendo a Jegor. (*Yéndose*). Isabel, la leche está servida en el comedor... ¡Tomaste la medicina?

ISABEL.— (Con seguedad). ¡Sí! ¡sí!

ANTONIA.— ¡Bueno! (*Vase*).

PROTASSOFF.— ¡Qué vieja curiosa! Inmortal como la ignorancia y tan pesada como ignorante. Isabel, ¡cómo estás!

ISABEL.— Bien.

PROTASSOFF.— Es extraordinario (*canturreando*). Extraordinario... extraordinario...

ISABEL.— (Con brusquedad). Y sin embargo, escucha: ¡Antonia tiene razón!

PROTASSOFF.— Lo dudo. Rara vez tienen razón los viejos. La verdad está en los niños. Esto es de sentido común...

ISABEL.— Antonia dice bien: desciudas mucho a Elena...

PROTASSOFF.— (Nervioso, pero con dulzura). ¡También tú! ¡Acaso Elena es muda? ¡Pedréis decírmelo qué os proponéis... qué sucede... algo en resumen! ¡No decís nada! ¡De qué se trata? (*Entre Jegor, con aire petulante, por la puerta del comedor*). ¡Ah, he aquí a Jegor! ¡Buen día!...

JEGOR.— ¡Salud, maestro!

PROTASSOFF.— Acérquese. Vea usted de qué se trata: quiero que me haga una redoma... con una tapadera... una tapadera cónica atravesada por un tubo... ¡comprende?

JEGOR.— Sí señor. Lo haré.

PROTASSOFF.— Mire el diseño... ¡Pero dónde... dónde!... Venga un momento conmigo. (*Vase con Jegor por el comedor. Cepurnoi llama a la puerta del jardín, obriéndole Isabel*).

CEPURNOI.— ¡Está en casa! ¡Buen dia!...

ISABEL.— ¡Buen dia!...

CEPURNOI.— (Olfateando). El colega está en casa. Se nota cierto olor...

ISABEL.— ¡De dónde vendrá!

CEPURNOI.— De la sala. El perrito de la mujer del gobernador se ha pillado la cola entre dos puertas: yo... le he curado y me han dado tres duros: ¡mírelos! Quería comprar dulces, pero pensé luego: "Es horrible comprar dulces con el dinero... de los perros", y renuncié a la idea....

ISABEL.— Ha hecho usted muy bien... Siéntese.

CEPURNOI.— Se advierte aquí un olorcillo tan desagradable... ¡Hola, colega: esto está cociendo!...

PROTASSOFF.— (Con precipitación). ¡No debía hervir!... ¡Dónde está!...

